

de París y los despachos holandeses de 1692. Me entero de los muchos errores de la *Gaceta* francesa y del profundo silencio de los ministros holandeses sobre el asunto de Glencoe. A casa y á escribir.

Abril 9.—Un día lluvioso y desagradable. Leo una *Vida de Romney*, que tomé ayer sin abrir, en Chancery Lane, en cuarto. ¡Que hayan podido ser publicados tomos en cuarto acerca de la vida de un hombre que no merece un duodécimo! A trabajar con ardor, escribiendo de nuevo á Glencoe.

Abril 10.—Concluyo *Don Carlos*. Me he entretenido mucho acerca de él; veinte páginas cada día en la cama, mientras espero los periódicos, pueden servir para mantener mi alemán. Es un bello paquete, á pesar de todas sus faltas. Lo malo y lo bueno del genio de Schiller lucha en él; como lo bueno y lo malo del genio de Shakespeare, para comparar grandes cosas pequeñas, lucha en *Romeo y Julieta*. *Carlos* está hecho, mitad por el autor de *Los Bandidos* y mitad por el autor de *Wallenstein*; como *Romeo y Julieta*, está la mitad por el autor de *Trabajos del amor perdido* y mitad por el autor de *Otelo*. Después de *Romeo y Julieta*, Shakespeare jamás retrocedió, como Schiller después de *Don Carlos*. Escribo toda la mañana, y luego me marchó á Westbourne Terrace. Charlo, juego al ajedrez y como allí.

Abril 11.—Escribo toda la mañana. Viene á comer Ellis y le leo *Glencoe*. Pareció que no le agradaba mucho, lo que me molestó algo, aunque yo no soy juez para ello. Es bueno encontrar sinceridad.»

Debe tener una cabeza muy firme y no muy exagerada estima de sí mismo, aquel autor que estando todavía muy reciente uno de sus éxitos literarios, que probablemente jamás ha sido igualado, y ciertamente

nunca superado—en un tiempo en que los editores se disputaban con ferviente anhelo todo lo que les daba—gastaba diez y nueve días de trabajo en treinta páginas en octavo, y concluía por reconocer humildemente que el resultado no era por completo de su gusto.

Cuando, al fin, después de repetidas revisiones, Macaulay quedó satisfecho de que su escrito era tan bueno como él podía hacerlo, quiso someterlo á la más severa de todas las pruebas, que es la lectura en alta voz á los demás. A pesar de que él jamás se aventuraba á hacer este experimento en presencia de nadie que no fuese de su propia familia y su amigo Mr. Ellis, puede creerse bien que, aun dentro de este círculo restringido, no hallaba dificultad en encontrar oyentes. «He leído—decía en 1849—una parte de mi *Historia* á Ana y Trevelyan con gran efecto. Ana gritaba y Trevelyan estaba alerta. Creo que me ha salido tan bien como algunas partes del primer volumen, y lo mismo piensa Ellis.»

Siempre que uno de sus libros pasaba á la imprenta, Macaulay extendía su infatigable actividad y precisión escrupulosa á las más menudas é ingratas faenas de la profesión literaria. No terminaban allí los cuidados que él consagraba á asuntos que el mayor número de los autores dejan con gran gusto al cuidado y experiencia del editor. No paraba hasta que las líneas estaban perfectamente á la misma anchura, y la puntuación correcta hasta en las comas; hasta que cada párrafo terminaba con un período y éste fluía como el agua corriente (1). Me acuerdo del placer con que

(1) Macaulay escribió á Mr. Longman, á propósito de la edición de 1858: «No tengo más correcciones que hacer al presente. Me inclino á creer que el libro está tan próximo á la per-

él nos mostraba una comunicación de uno de los lectores en las oficinas de Mr. Spottiswoode, que con todo respeto le participaba que no había más que una sola expresión en los dos volúmenes de que él no hubiese visto el sentido tan claro como en un espejo. Y debe recordarse que la escrupulosa atención de mister Macaulay para los detalles, era producida por el honroso deseo de aumentar el placer y allanar las dificultades á aquellos que le hacían el honor de comprar sus libros. No se cuidaba tampoco de los que juzgan necesario mantener una distinción en diversas materias, entre lo que se lee y lo que no se lee. Tan poco purista, en el sentido exagerado de la palabra, como le es posible serlo á un literato, su disgusto por el modelo exagerado de ortografía de Mr. Grote, se entrecruzaba con su admiración por el juicio, el poder y el conocimiento de aquel verdadero gran historiador. Jamás pudo acostumbrarse á ver los ídolos de su

fección en cuanto á su ejecución tipográfica, como libro alguno de extensión igual á la de éste pueda hallarse en el mundo.»

En otra ocasión decía: «No estoy muy inclinado á considerar de poca importancia el trabajo de mi índice, y por esto se le dejó hacer á Mr. *** Pero háganle, de mi parte, con toda la cortesía y delicadeza posibles, estas indicaciones: Que hay muy pocos encabezamientos, excepto en nombres propios. Algunos, como Convención, No jurados, Banco de Inglaterra, Deuda nacional, lo son realmente, y á ellos acudirán los lectores que deseen algún dato acerca de estos asuntos. Pero creo que mister *** convendrá conmigo en que títulos tales como Superchería, Clero, Partido del espíritu, Insurrección, Guerra, Biblia, Corona, Controversias, Disensión, no tienen uso alguno. Nadie irá jamás á buscarlos, y si cada pasaje en que el partido del espíritu, disensiones, el arte de la guerra y el poder de la corona se mencionan, se hubiese de citar en el índice, habría que doblar el número y tamaño de los volúmenes. La mejor regla es atenerse á los nombres propios y no desviarse jamás de esta regla sin algún motivo especial.»

juventud figurar como Fleon, Alcibiades, Poseidon y Odysseus, y yo tiemblo al pensar en la explosión de indignación con que, si hubiese vivido para abrir algunas de las ediciones más recientes de los poetas latinos, se habría encendido al ver el *Diálogo con Lydia* ó la *Oda á Lyza*, impresa con una letra pequeña á la cabeza de cada línea familiar.

La correspondencia de Macaulay en el verano y otoño de 1848 está llena de alusiones á su gran obra, cuyos dos primeros volúmenes estaban entonces en manos del editor. El 22 de Junio escribía á Mr. Longman: «Si usted quiere titularle *Historia de Inglaterra desde el advenimiento de Jacobo II*, no tengo objeción que hacer; pero yo no puedo consentir en añadirle un *Ensayo de introducción*, á menos que usted no quiera llamar así el primer libro de Dávila y los tres primeros capítulos de Gibbon». En una carta á su hermana Selina decía: «Longman parece estar contento con su contrato. Gefrey, Ellis y Ana todos convienen en predecir su gran éxito al libro. Debo añadir el juicio de Mariano de Ellis; por su hermano me dice que él no puede dejar de sus manos los pliegos de las pruebas. Estas cosas sostienen mi espíritu; con todo, veo cada día más y más claramente cuán lejos está mi obra de ser excelente.» El 24 de Octubre de 1848 escribía á mi madre: «Deseo saber si has oído cuán agradable día pasó Margarita conmigo. Dimos un largo paseo, gran parte de él charlando mucho; tuvimos una comida verdaderamente delicada y una tarde completamente feliz. Este fué mi único día festivo en la semana pasada. Trabajo con muy escasas interrupciones desde las siete de la mañana á las siete de la tarde, y probablemente continuaré haciendo lo mismo los diez días que van á seguir. Luego mi trabajo volverá á ser más

ligero, y al cabo de tres semanas cesará por completo, y después todavía me faltarán quince días antes de comenzar la publicación. De antemano me he armado de toda mi filosofía para el caso de que ocurriese algún quebranto. Jeffrey, Ellis, Longman y Mrs. Longman, parecen pensar que no hay probabilidades de semejante catástrofe. A éstos puedo añadir Macleod, que ha leído el tercer capítulo, y dice que le ha gustado más que ninguna otra historia de las que ha leído. El estado de mi pensamiento sobre esto, es el siguiente: cuando comparo mi libro con lo que yo entiendo que debe ser la Historia, caigo abatido y avergonzado; pero cuando le comparo con algunas Historias que gozan de alta reputación, me animo.»

Macaulay podía haberse ahorrado estos temores. A los tres días de su primera aparición, la fortuna del libro estaba realmente asegurada. Fué saludada por una explosión del orgullo nacional y de satisfacción que hacía las delicias de los amigos de Macaulay, y le reconcilió con muchos que habían quedado de sus antiguos adversarios políticos. Otras manos que las suyas habrían copiado y conservado las cartas de congratulación y aprobación que durante meses estuvo recibiendo de todos los puntos cardinales; pero la prudencia me prohíbe dar cabida en estas páginas más que á muy pocos ejemplos de una especie de correspondencia que forma la parte más halagüeña de algunas pocas biografías literarias. Tiene importancia, no obstante, reproducir las frases en que lord Halifax expresa la creencia general de que la Historia fué singularmente oportuna en su aparición. «He concluido, escribe él, el segundo volumen de su obra, y no puedo decir á usted cuánto me ha agradado su amor á la verdad, á la libertad, al orden y la inde-

pendencia culta, aunque crea que debía usted haber precedido su trabajo de la Historia de nuestra Revolución de 1688. Ha venido en un momento en que las lecciones que inculca deben producir grandes efectos prácticos sobre la conducta de los jefes que están ahora haciendo su educación en el extranjero; pero me parece que la larga educación que da el empleo diario de una constitución tal como la nuestra, no puede ser suplida por ninguna lectura ó meditación. Jacobos podemos hallar, pero Europa muestra no menos Guillemos semejantes.»

«Mi querido Macaulay, decía lord Jeffrey, la madre que le dió á usted á luz, aunque ahora viviese, con dificultad estaría más orgullosa ó sería más feliz que yo ante la explosión de su gran fama. Tengo desde hace mucho tiempo una especie de interés paternal en su gloria de usted que se halla mezclada en estos momentos con un sentimiento de deferencia hacia la superioridad intelectual que constituye su patrimonio, mezcla que puede únicamente asociarse, supongo yo, con el carácter de una madre.»

Un amigo todavía más antiguo que lord Jeffrey, lord Auckland, el obispo de Sodor y Man, escribió de él en un lenguaje más fuerte pero no menos cariñoso: «Tomás Macaulay debe ser embalsamado y conservado. Me deleito en su libro aunque por fortuna estoy no más que á medias por él, porque he recibido órdenes sagradas y mi casa está llena de la analogía de Butler y de jóvenes sacerdotes. ¿Creerá usted que Tomás está un poco duro con el viejo Cranmer? Ciertamente se ha hecho perder bastante á mi estimación. Yo detestaba antes á Cromwell más de lo que ahora le aborrezco, porque siempre estoy de acuerdo con Tom, y se da muy buen arte para hacerle á usted

gozar y al fin sentir lo mismo que él siente y goza. Desde que he leído este libro, odio al mejor amigo insular que nosotros tenemos.»

Entre todos los incidentes relacionados con la publicación de su Historia, ninguno agradó tanto á Macaulay como el placer que contribuyó á proporcionar á María Edgeworth, como una pequeña recompensa por el que durante más de cuarenta años él había recibido con la lectura de sus encantadores escritos (1). Aquella señora que estaba ya en su invierno ochenta y tres, y á pocos meses murió, decía en una carta dirigida al doctor Holland:

«Y ahora, mi buen amigo, yo solicito que no crea usted que toda la admiración que he expresado por el trabajo de Macaulay, está completamente influenciada por la satisfacción propia, vanidad, orgullo y sorpresa que he experimentado al hallar mi propio nombre en una nota!!!! Tenía formada y había manifestado esta opinión á mis amigos antes de que me leyeran el libro, antes que yo encontrase aquella nota (2). Además sentí una mezcla de vergüenza y dolorosa pena, con el placer y el orgullo de ver una línea en esta inmortal Historia dedicada á *mi*, cuando no se hace mención de sir Walter Scott á pesar de su obra, ni aun en los lugares donde parece inconcebible que el historia-

(1) Macaulay en una ocasión dijo que la escena, en el *Ausente*, donde lord Colambre se descubría á su arrendatario y á su opresor, es la mejor cosa de esta especie que había visto después del libro xxii de la *Odisea*.

(2) La nota está en el capítulo 6.º, al fin de una página en que se describen las costumbres de los antiguos propietarios irlandeses naturales del país en el siglo xvii. «El rey de los granos de miss Edgeworth pertenece á una generación posterior y mucho más civilizada; pero quienquiera que haya estudiado aquel admirable retrato, podrá formarse alguna idea de lo que puedan haber sido los abuelos del rey de los granos.»

dor haya podido resistir á pagar el debido tributo que se debe y es grato pagar al genio. Quizá él se reserve para el 45, y espero en el cielo que sea tal. Entre tanto sería muy bueno expresar mi agradecimiento sincero y profundamente sentido al gran autor por el honor que me ha hecho.»

El Diario de Macaulay relata las fases y gradaciones que marcaron la creciente popularidad de su libro, en tanto que la popularidad pueda ser medida por las cifras en el Libro mayor de su editor. Pero independientemente de las elocuentes cifras de los libros de cuentas de Mr. Longman, cada día llegaba á sus oídos una nueva indicación del calor con que era tomado el trabajo por el público inteligente. Algunas de las pruebas que él ha registrado son bastante singulares. Un oficial perteneciente á una buena familia, fué encerrado durante una quincena en la Casa de Corrección por derribar de un golpe á un policía. Las autoridades prohibieron al prisionero la lectura de novelas francesas, pero le concedieron la de la Biblia y la Historia de Macaulay (1). En Dukensfield, cerca de Manchester, un caballero pensando que había un cierto egoísmo en disfrutar él solo de tan gran placer, invitó á sus vecinos pobres á esperarse cada tarde después de que hubiesen concluido su trabajo para leerles la

(1) Los chismosos de Londres llegaron á decir que el bizarro capitán prefirió limpiar estopa á leer la Revolución de 1688; chisme que vengó á Guicciardini de la anécdota contada por Macaulay en el segundo párrafo de su *Ensayo sobre Burleigh*.

«Se dice que hubo un criminal en Italia á quien se le propuso eligiera entre la lectura de Guicciardini y galeras. Eligió, como era natural, la lectura de la Historia; pero al llegar á la guerra de Pisa, fué demasiado para él, y, cambiando de opinión, fué al remo.»